

LA ÚLTIMA MANIFESTACION DE LAS LETRAS COLOMBIANAS

Grandeza de Colombia—Los trabajos y los hombres de su primer Congreso Eucarístico

La última manifestación de las letras colombianas es el magnífico tomo en folio, de buen papel y soberbios grabados, en que se da cuenta del primer Congreso Eucarístico nacional de Colombia. ¡Qué monumento tan grande el que con él ha levantado Colombia a la religión, a la literatura y a sí misma! Al recorrer sus páginas, quédase uno pasmado de la vitalidad espiritual inmensa de ese gran pueblo, del número estupendo de sus hombres notables, del vigor moral y religioso y por consiguiente físico de esa raza, renuevo gloriosísimo de la española en el cerebro mismo de los Andes, y cerebro quizá el más poderoso y desde luego el más literario de la América española. ¡Gloria a Colombia, honor de América!

Y si se considera que sólo el espíritu crea la materia y lo crea todo, y que el espíritu grande lo es en todo a lo que se aplica, ¿cuán enorme no será la grandeza de Colombia, en todas las nobles manifestaciones humanas, el día en que, consolidada del todo su paz interna, sus hombres honrados y de talento, que son legión innumerable, se dediquen con igual intensidad que a la literatura, a todas las demás profesiones que junto con ella son causa y efecto a su vez del adelanto y prosperidad de los pueblos? Pues ese día creo que ha llegado ya para Colombia. Y estoy seguro que, si el derrotero emprendido no se tuerce, lo cual no me parece fácil, la nación colombiana será, antes de medio siglo, asombro de la América y del mundo entero por su grandeza económica, social y política y por sus hombres verdaderamente insignes en todas las manifestaciones del saber y de la actividad del espíritu humano. En cuanto a las disposiciones naturales, parece haber sido pródiga con

ella la Providencia divina. Si a esto se añade la religiosidad, la probidad y el valor de sus hombres, y hoy, a Dios gracias, la concordia, la tolerancia y la paz en que todos viven, como hijos de una misma madre, la patria colombiana, creo que convendrán conmigo todos los conocedores de esa nación admirable.

Pero volvamos a nuestro volumen, que tan consolador es para el creyente y para el literato: para el creyente, que está convencido del incomparable e insustituible valor filosófico y social de la religión cristiano-católica, y para el literato, que sabe mirar con simpatía, como si fuera propia, toda extraña manifestación estética en el lenguaje.

Empieza el tomo por los antecedentes del Congreso Eucarístico, y contiene el decreto de convocación, el nombramiento del Comité central, la distribución de temas para las sesiones respectivas, las ordenanzas de las asambleas departamentales, la pastoral del Arzobispo primado de Bogotá, la carta del Romano Pontífice, las notas de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, el programa general y el de la procesión, la ley de 1913, de homenaje nacional a Jesucristo, y los discursos parlamentarios pronunciados con tan laudable motivo por los eminentes católicos de la mayoría de las cámaras, Dávila Flórez y Joaquín Casas.

Viene luego la relación del Congreso Eucarístico, repleta de trabajos valiosísimos sobre la religión y especialmente de la Eucaristía en sus relaciones con los aspectos más importantes de la vida humana. Y todos, más o menos, son literarios, porque no sin causa es llamada Colombia, y sobre todo Bogotá, la Atenas de la América española, y hoy quizás puede llamarse la metrópoli maestra del castellano.

Es el 7 de septiembre de 1913, y nos hallamos en el Círculo de obreros, donde oímos disertar con gusto al Padre Campoamor, de la Compañía de Jesús. Pero es

miel hiblea la que gustaremos pasando a la Academia Caro, nombre evocador de gigantesca figura romana y espartana, católico inmaculado e integérrimo presidente de la república, hijo del poeta lírico más profundo del parnaso colombiano, y orador y escritor y poeta excelso él también, traductor además, incomparable de Virgilio, y educador, con Bello y Cuervo, mediante sus libros, de los Isaza y Otero Herrera, y de todos los que como preceptores y escritores han contribuido y están contribuyendo actualmente al florecimiento envidiable de las letras colombianas.

Buenos son los discursos y regaladas las poesías que escuchamos en la Academia Caro. Pero nuestra admiración sobrepasa los límites de lo ordinario al oír *La epopeya de la espiga* del joven autor de *La epopeya del cóndor*, don Aurelio Martínez Mutis, socio de la Academia, creyente y altísimo poeta, e ilustre ya por su apellido ibero.

No me gusta, ciertamente, el plan de esa poesía; pero no puedo menos de admirar en su concepción simbólica un gran pensamiento poético, y un dominio absoluto, avasallador, de la versificación castellana, todo blandura, fluidez y armonía en el poema de Martínez Mutis, por lo general clásico y por eso tan hermoso, tanto, que no conozco hoy composición igual en la lírica contemporánea de los países de lengua española.

Junto al brocal del pozo, al que en un día
de ya remotos años,

Jacob, el padre de la grey judía,
llevó a beber sus prósperos rebañíos
sentóse a descansar Jesús. El oro
de la tarde caía lentamente;
era el paisaje místico y sonoro,
y había, cabe el amplio sicomoro,
blanda esencia de mirra en el ambiente.

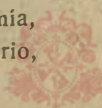
Era el cielo cordial bruñido espejo;
teñido por el último reflejo

crepuscular, el monte

de Garizim, enhiesto en lejanía
sobre la mancha de la duna,
era un copón enorme de oro viejo
en la liturgia de la Noche; una
religiosa emoción estremecía
la inmensidad; al ras del horizonte
la luna aparecía
nimbada de blancura;
la tierra estaba de rodillas: era
la comunión primera
que el Redentor le daba en las alturas!

La hostia es la epopeya de la espiga,
la blanca animación del asfodelo,
el más feliz descanso a la fatiga
y la más pura síntesis del cielo.
Río inmortal que nuestra sed mitiga;
soplo enorme de Dios, a cuyo rastro,
el astro hecho humildad baja a la hormiga
y ella se encumbra convertida en astro!
Sobre Colombia, exangüe y dolorida,
el corazón de Jesucristo impera;
por caminos de gloria hacia la vida
EL llevará la tricolor bandera.
Ya la paz como un aura bendecida,
presagia los orientes del futuro.

El átomo de arena
funda la inmensidad. Todo se ordena
y se eslabona en la ascendente escala
que va hasta el infinito. El grano oscuro
que de la tierra en el riñón resbala,
presto será retoño esmeraldino;
después diadema de oro en el maduro
penacho de la mies; ya en el molino
caerá como finísima cascada
para trocarse en pan; y en la sagrada
misa, mientras la voz del campanario
suelta en ondas solemnes su armonía,
será trigo hecho Dios en el Santuario,
cuando sube la blanca eucaristía!

No he copiado sino unos fragmentos de la poesía de  Archivo Histórico de Martínez Mutis. Me estremezco al pensar lo que diría de

ellos un crítico seudoclásico a lo Hermosilla, o un gramático satírico, no crítico, como Valbuena. Pero no quiero pensar en ello, porque esa clase de crítica, rastrea y bája, me parece a mí hasta inmoral. Quiero gozar de la emoción y admiración que me producen esos versos, y especialmente aquellos:

religiosa emoción estremecía
la inmensidad; al ras del horizonte
la luna aparecía
nimbada de blancuras;
la tierra estaba de rodillas: era
la comunión primera
que el Redentor le daba en las alturas;

.....
El astro hecho humildad baja a la hormiga
y ella se encumbra convertida en astro!
El átomo de arena funda la inmensidad....
.....

Con el poder de Dios, se entiende. Esto recuerda la informe materia primitiva, el propenihil y la creación simultánea y evolucionadora que ve en las primeras palabras de la Biblia el sublime San Agustín, el genio filosófico y a la vez poético más grande del cristianismo...

De la Academia Caro, iglesia juvenil de las letras, podemos pasar a la iglesia de la fe, y allí, en la primera asamblea general del Congreso, oiremos con agrado la oración de su dignísimo presidente, el arzobispo de Bogotá y primado de Colombia, Ilustrísimo señor don Bernardo Herrera y Restrepo, antiguo y aprovechado alumno del seminario de San Sulpicio de París, centro inmenso de piedad y de saber, modelo de seminarios y quizá el primer seminario del mundo. Oiremos después al erudito y sabio latinista, maestro y guía de la juventud, señor Abadía Méndez; al jesuíta padre Restrepo, que recita un hermoso romance del padre Costa, y al crítico artista, delicadísimo poeta y profundo conocedor de su lengua, de su religión y de las literaturas eu-

ropeas, señor Gómez Restrepo, apellidos ambos de gloriosas dinastías de escritores, ornamento de las letras y decoro de su patria. Y la asamblea dignamente termina con una poesía religiosa de corte académico, también de otro Restrepo, jesuíta, y con un buen discurso de don Emilio Ferrero...

Me es imposible hablar de todas las composiciones en prosa y verso que figuran en el tomo en folio dedicado al Congreso. Es tal su número y muchas de tan alto valor, que constituyen un verdadero alarde y derroche literario. Son tan opulentas las letras colombianas, que con lo que les sobra podrían ser ricas otras literaturas.

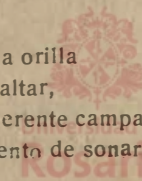
Mencionaré solamente las de aquellos cuyas obras o nombre más conozco, y que son, por otra parte, de los más insignes de entre los colombianos en la república de las letras. Válgame ante los demás el grande, puro y desinteresado amor que a Colombia profeso.

Sea el primero el doctor don Antonio Otero Herrera, catedrático de literatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y autor de un texto muy recomendable, en el que puede verse lo bien que en Colombia se estudia la literatura, y con él explicarse lo mucho y bien que por lo común allí se escribe, en publicaciones humildemente a veces presentadas, pero con un sabor, una inspiración, un gusto y un dominio del idioma, que para sí la quisieran los grandes rotativos de muchas partes.

Leyó el señor Otero Herrera una composición poética, que es una verdadera preciosidad por la animación y la delicadeza del concepto, y la propiedad descriptiva del lenguaje. Se titula *La campanita del altar*, y empieza así:

Recatada allá en la orilla
de una grada del altar,

como siempre te descubro, reverente campanilla,
aguardando silenciosa el momento de sonar,



Llega en tanto y acaricia tu contorno reluciente
cual radiosa mensajera de las cumbres del oriente
la irisada y sutil hebra
que desciende por la ojiva

y en tu tersa superficie redorada su luz quiebra ;
semejando desde lejos
sus magníficos reflejos,

aureola de tus sienes y fulgente llama viva
de un amor que desbordara de tu seno fervoroso
en presencia del sublime Tabernáculo precioso.

¡Oh devota campanilla,
centinela del altar!

¡Quién trocara su destino por el tuyo sin mancilla,
y por siempre al pie de Cristo se quedara en tu lugar.

Y así con igual animación, sentimiento y conveniencia de estilo, sigue toda la poesía, tan hermosa, de una plasticidad tan viva, que creo huelgan los comentarios...

El segundo es el nunca bastante bien ponderado Marco Fidel Suárez, profundo gramático y filósofo cristiano, jurisconsulto eminente, diplomático habilísimo, jefe del partido conservador y hoy ministro de Relaciones exteriores. De su oración sobre Jesucristo, quizás la más grande del Congreso, dice el competente Gómez Restrepo en el prólogo al primer volumen de sus escritos, publicado el próximo pasado año 1914: "trozo admirable en que se han condensado muchos años de meditaciones; vaso alabastrino donde se fueron depositando gotas de ciencia preciosa destiladas al fuego del amor, feliz unión de lo antiguo y de lo nuevo, de efusión medioeval y de refinamiento moderno; obra en que colaboraron, con igual intensidad, la mente y el corazón. El señor Suárez ha traído todas las preesas de su estilo, todas las preciosidades de su erudición, todas las delicadezas de su ingenio, para presentarlas, como ofrenda piadosa, a los pies de Jesucristo. Este estudio demuestra cómo la figura del Redentor es fuente inagotable de inspiración para el pensador y para el artista que a él se acercan con rectitud de ánimo y pureza de inten-

ción: sus resplandores beatíficos bañan al creyente en goce inefable y llevan un rayo de esperanza al que en medio de las sombras de la duda, busca con humildad el camino de la fe."

Nada mejor, como de Gómez Restrepo, al que nuevamente tenemos que mencionar aquí, por su admirable discurso pronunciado en el magnífico colegio de San Bartolomé, con motivo de un certamen literario y de la representación de un Auto Sacramental de Calderón, que en esto, como en sus seises, a imitación de los de Sevilla, como en otras cosas, quiso Colombia aparecer española. Del mérito literario de Gómez Restrepo podrán los lectores rastrear por las palabras transcritas.

Viene después una figura que por la fe y la oratoria, y hasta por su físico, si no miente el retrato, lo llena todo. Era el entonces presidente del Senado y hoy de la república, don José Vicente Concha, egregio varón, verdadero prócer de la honradez política, y esperanza de grandes días para su patria, la cual no ha podido honrarse más que elevando a la primera magistratura a tan eximio y ejemplar ciudadano. ¡Qué elocuencia la suya, tan majestuosa y opulenta, tan ciceroniana, por la amplia clausulación de sus períodos, sin que deje de tener también algo de la briosa, concisa e irónica de Demóstenes, todo acero por su dialéctica y toda antítesis abrumadora, como tempestad de deslumbradores relámpagos y de siniestros rayos, que aturden, emudecen y anonadan al adversario. El discurso del señor Concha, digno de un orador cristiano, fue la condenación más contundente del naturalismo político, y la proclamación pública más saliente de la soberanía social de Jesucristo, presente en la adorable Eucaristía, fuente y centro de la vida cristiana.

Y con esto llegamos a don Rafael María Carrasquilla, sacerdote meritísimo y el obligado orador, con el no menos ilustre Cortés, de las grandes solemnidades de Colombia. ¡Qué hombre tan insigne! Honor del



clero colombiano, blanco en su inmensa mayoría, y tan numeroso como respetable, dispone de tiempo para estudiar mucho, especialmente la Biblia, San Agustín y Santo Tomás; para predicar a Jesucristo con tanta frecuencia como provecho; para enseñar teología en el Seminario y dirigir muchas almas por el camino de la santidad; para presidir la ínclita Academia colombiana, que, nada inferior en mérito a la de Madrid, tanto y tan bien trabaja en el campo de las letras, como se ve en el *Anuario* que periódicamente publica; y, por fin, para gobernar, como *rector magnificus*, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, la antigua y moderna Universidad católica de Colombia, repleta de estudiantes, a quienes integra, consolida y perfecciona, con la enseñanza superior, la educación cristiana del hogar y de la escuela primaria y media. Y por esto, ese colegio es el manantial más copioso y la fortaleza más poderosa de los ideales éticos, conservadores y católicos, únicos salvadores de la sociedad, y los predominantes, a Dios gracias, en Colombia...

Tal es lo que me sugiere la lectura del recién impreso volumen titulado *El primer Congreso Eucarístico nacional de Colombia*, y última, por ahora, manifestación de su literatura.

P. M. VELEZ
Agustino

(De *La Patria* de Lima)

HACIA DIOS

Con la valiente osadía
Del amor y de su fuego,
Beber los aires ansío,
Forzar los astros pretendo,
Luchar con Dios, cautivarle...
Y hacerle mi prisionero...
¡Y en sus divinas entrañas
Clavarle mi dardo quiero,